

EL HIDALGO, EL CORTESANO Y EL DISCRETO

Tres derivaciones hispanas del ánimo caballeresco

Miguel ALONSO BAQUER¹

Se dió un salto cualitativo muy notable en la actitud ética ante la vida allá por el siglo XV que para nuestro objeto –el humanismo de las armas– podríamos sintetizar diciendo que las virtudes del Caballero fueron subestimadas ante la exaltación de las virtudes del Héroe. Se salta desde el cuidado de la honra, que la caballería bien entendida había comunicado como sano ideal a las bases sociales de la España renacentista, al culto del honor, que el heroísmo clásico hará depender, ante todo, de la valentía o coraje de un príncipe, más que de la lealtad entre compañeros de armas.

La *Segunda Partida* de Alfonso X el Sabio en su título XXI (Ley IX) había ofrecido la triple clave del primer sistema de virtudes del que fue consciente el Caballero medieval: lealtad, honra y vergüenza. Desde una sola virtud explícita, la lealtad y desde otra implícita, la fidelidad, el Caballero se ocupaba de la defensa de todos, guardaba el buen nombre de su propio linaje y procuraba eludir la caída en vergüenza.

Sánchez Albornoz, en su día, desarrolló lo que habían querido decir sobre el ánimo caballeresco Raimundo Lullio y el infante D. Juan Manuel, ofreciéndonos lo que sería una primera derivación de la caballería hacia el ideal heroico. Y escribió en *España, un enigma histórico*:

«La honra se vinculaba a la lealtad y al valor. Exige la fidelidad al ideal y a las empresas nacionales y al cumplimiento del deber frente a la comunidad allí donde el destino

¹ Instituto Español de Estudios Estratégicos.

hubiera colocado al español. Y a la par requería el coraje heroico en la práctica de la lealtad y en el ejercicio de la misión personal de cada uno».

La honra se sitúa por D. Claudio como corolario del culto al Príncipe, que es el único Héroe poseedor de todas las virtudes. Y esta derivación (o retorno) desde lo caballeresco hacia el heroísmo, en su opinión, dará lugar a estas cinco variaciones de la honra.

«La honra se proyectaba por sendas muy varias sobre la vida de todos los hispanos. Todos estimaban mucho la honra-jerarquía y gustaban de acrecentarla; eran muy celosos de la honra-homenaje personal que ora recibían ora tributaban según los casos; cuidaban con pasión de ganar la honra-gloria en las batallas o en la vida pública y vivían siempre en guardia para conservar su honra-fama o para vengar su deshonra y restaurar su honra-crédito».

Son cinco las variaciones del tipo ideal de honra que Sánchez Albornoz encuentra en el Siglo de Oro. La valentía (en el horizonte de la heroicidad) ha sustituido a la lealtad (en el horizonte de la caballería). Hay una catarata de denominaciones que circundan el culto al Príncipe. La honra era jerarquía social, era homenaje personal, era gloria en las batallas y era fama y era crédito. El honor suplanta al hambre de honra y se entra en una dinámica que ya no es la de Raimundo Lullio en el *Libro de la Orden de Caballería* ni la de D. Juan Manuel en el *Libro del Caballero y del Escudero*.

«Los caballeros tienen honor y señorío sobre el pueblo para ordenarlo y defenderlo... El caballero es un hombre elegido entre mil para tener el oficio más noble de todos... Así como la caballería da todo lo que es propio del caballero, así el caballero debe emplear todas sus fuerzas en honrar la caballería».

Este lazo entre la persona del caballero y la institución de la caballería había sido una invención nueva, una Nueva Milicia, tal como la había proclamado siglos atrás Bernardo de Claraval. No se identificaba al caballero con la nobleza de sangre sino con la aceptación del mensaje evangélico. Se buscaba la enmienda de un desorden en la naturaleza de las cosas. Se consideró necesario que alguien ejerciera dignamente el oficio de mantener la justicia desde el núcleo de la Cristiandad.

«Faltó en el mundo caridad, lealtad, justicia y verdad; comenzó enemistad, deslealtad, injuria y falsedad y de ahí nació error y turbación en el pueblo de Dios... Al comenzar en el mundo el menosprecio de la justicia por discriminación de la caridad, convino que justicia recobrase su honra por medio del temor».

Llullio murió ya octogenario en 1315. En 1314 había sido quemado vivo el Gran Maestre de la Orden del Temple y en 1453 será decapitado el Maestre de la Orden de Santiago D. Álvaro de Luna. Lo grave era que con ello se ponía en cuestión el poder de mandar y el poder de juzgar que habían confluído en el caballero de origen noble. La caballería, por tantos elogiada, no se fundaba en la valentía frente al enemigo sino en el servicio a la paz y a la justicia.

Se produjo una disyuntiva entre dos niveles de categoría social, el aristocrático y el plebeyo. Y se le dio confianza suma al caballero villano, la síntesis nueva de hidalguía y caballería. Es lo que luego se denominó caballero pardo o pardillo (Lope de Vega). No era así en Llullio ni lo será en Cervantes.

«Hidalguía y caballería concuerdan entre sí, pues hidalguía no es otra cosa que continuado honor antiguo; y caballería es orden y regla que se mantiene desde el tiempo en que fue instituida hasta el tiempo presente».

Y concluye Llullio: *«Si armas caballero a hombre que no sea hidalgo haces que sean contrarias hidalguía y caballería en lo que haces».* Cervantes, al escribir *El Quijote*, prolonga hasta el siglo XVII esta conclusión propia del siglo XIV, que no del Siglo de Oro.

Para *El Quijote* estaba claro que *«la caballería consiente que pueda haber (o tener) caballería algún hombre de nuevo honrado linaje en atención a sus muchas nobles acciones y con permiso de algún noble príncipe».*

Cabía, pues, un repertorio de salidas para la caballería que no requerían culto al heroísmo. En la historia se fueron dando hasta estas cuatro derivaciones, la del hidalgo que se esmera en la ingeniosidad, la del cortesano que apunta hacia la gentileza, la del discreto que se concentra en la atención a la realidad de su entorno y finalmente una cuarta, la del seductor, que se gozará en el ejercicio de la galantería.

Naturalmente que el juego entre estas cuatro derivaciones, contemplado por escritores tan eminentes como Miguel de Cervantes, Pedro Calderón de la Barca, Baltasar Gracián y Tirso de Molina, dará pie a una nostalgia del ánimo

perdido (o a punto de perderse), que era el caballeresco. En la modernidad más reciente –siglo XIX–, la idea de retorno tomará las notas de unas formas nuevas de caballería que serán vividas, ora por el caballero de la resignación, ora por el caballero de la fe. Pero éste desenlace pertenece al declinar del siglo XIX y será propio de quienes ya no podían ser ni siquiera héroes patéticos o románticos, sino héroes trágicos. De aquí que lo apuntado como modo de ser del burlador por Tirso de Molina, tuviera la oportunidad de máximo desarrollo situándole en la estela del *Fausto* de Goethe, un egoísta que sí que venderá su alma al diablo con tal de ganar el amor de una doncella.

1. *El hidalgo, un ser ingenioso*

Se dio un gran salto (de nuevo hacia el siglo XVI) entre la vergüenza del Caballero (honra medieval, cuya síntesis ética se constituía en lealtad) y la magnanimidad del Héroe (honor renacentista, que se precipitaba en valentía).

Atrás quedaba en el tiempo de la Antigüedad Clásica la figura del guerrero de las epopeyas donde se exhibían hacia el vencido en noble lucha tanta generosidad, como delicadeza y templanza. Todavía no se habían generalizado la simpatía y la compasión hacia el soldado de filas, atento al cumplimiento riguroso de un deber, propias de la literatura sentimental del Siglo de las Luces. Mucho menos se pensaba en aceptar el prestigio del militar de carrera, si un jefe se demostraba competente allí donde después arraigó el Romanticismo.

No se hablaba en la España del Siglo de Oro del *honor de las armas* y menos aún del *honor militar*, temas que serán ambos muy decimonónicos. Hay que llegar a Napoleón para que alguien confiese que todo un pueblo, al alzarse en armas contra la invasión de sus tierras, se había comportado como un hombre de honor, –el pueblo español–.

Los modos de existencia que estaban patentes en la realidad histórica eran: el modo peregrino y quijotesco de la hidalguía cervantina; el modo, entre cortesano y rural, de sentir la honra propia de un padre de familia del teatro de Calderón; el modo, urbano y señorial, de la discreción gracianesca y quizás *in fieri* el modo desvergonzado, pero nada picaresco, de burlarse de los sentimientos de la mujer característicos del D. Juan de Tirso de Molina.

Miguel de Cervantes crea la figura de un caballero, –caballero andante, para subrayar en ella la ausencia de lo aristocrático y la presencia de lo popular–, al que califica de ingenioso hidalgo. Es una derivación, fiel en lo esencial al modelo de Alfonso X, de Lullio y de D. Juan Manuel. Nada hay en D. Quijote de apología del heroísmo clásico que todavía Cervantes iden-

tificaba con la hazaña sobresaliente de un príncipe y con la presunta sacralización del poder en el vértice de una monarquía católica.

D. Quijote vive poseído por una sólo pasión, la de servir, que en absoluto se orienta en su intimidad hacia el oficio de mandar ni hacia la capacidad para juzgar. Quiere ser justamente famoso, pero sólo por sus buenas obras. En nada se aplica a crear milicias o ejércitos con aires de reconquista o de cruzada. No prepara batallas contra un enemigo definido, ni se ofrece como gobernador de ínsulas, quizás porque en absoluto se cree (o se sabe) capacitado para dictar sentencias. Es, eso sí, un esforzado liberador de quienes están encadenados. Se pone siempre del lado de quienes, a su apresurado juicio, están siendo víctimas indefensas de quienes le resultaban al ingenioso hidalgo hombres demasiado apasionados porque se haga pronta justicia, —los funcionarios reales, en su caso—.

Cervantes nos deja ver con suma claridad que D. Quijote es un ingenioso hidalgo que se ha vuelto loco para así sentirse más obligado a deshacer entuerotos. No es un Guerrero, ni tampoco un Soldado. Mucho menos un Capitán. Ni va a la guerra, ni sienta plaza en filas, ni forma partidas. Para no ser un Caballero solitario le basta la asistencia de un Escudero a quien pretende instruir de palabra en la norma de conducta que a sí mismo se aplicaba con sumo rigor.

La honra se les supone a los dos, —al Quijote y a Sancho—. El honor (o los honores) del Caballero puede esperar un tiempo antes de ser reconocido por las gentes. Lo que ambos pretenden al unísono es la fama que les viene de la virtud, no de la hazaña. D. Quijote, en tanto presunto Héroe, en nada se parece a los demás héroes de la antigüedad. Es, quizás, como dirá el crítico Charles Moeller en *Humanismo y Santidad*, (antecedente de su magna obra *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*) un hombre bueno, humilde y sabio cuya existencia sólo tiene sentido desde la religiosidad más íntima.

D. Quijote sufre la dolorosa vivencia de una pérdida. Algo muy valioso, el ánimo caballeresco, estaba perdiendo vigencia. Y no era deseable mantener la situación de descrédito sin mostrar que seguía siendo posible el ejercicio de la caballeridad en la forma de hidalguía. ¡Aunque a él se le negara la oportunidad de ser un héroe por no se sabe bien que hechizo, siempre a cargo de un enemigo oculto!

Un libro de Francisco Garrote Pérez, *La Sociedad Ideal de Cervantes*, nos separa del culto al principio monárquico que descubrimos en el «gran teatro del mundo» de Calderón de la Barca. Y nos distancia de las «engañosas estancias» que Baltasar Gracián calificaba de tentaciones al discreto peregrinaje de los dos personajes suyos, los de *El Criticón*, Andrenio y Critilo. La depuración ética de la honorabilidad, que los autores clásicos hacen en beneficio de la honra y en demérito del honor, ofrecerá en Tirso de Moli-

na el mayor de los contrastes al crear la figura del burlador de Sevilla. Y también la del condenado por desconfiado, ahora transferidos a tierras de Italia, para mejor expresarse a sí mismos como nuevos arquetipos universales de hombre, los de la modernidad.

La moral del soldado honrado de infantería, que esperará al reinado de Carlos III para entrar en las Reales Ordenanzas por la puerta grande, no eran el objetivo del ingenioso hidalgo se la Mancha, que no buscaba disciplina militar sino libertad del alma para obrar siempre bien.

La Primera Parte del Quijote presenta al modelo cervantino de honra en la figura de una mujer, Marcela, que ha provocado con su desdén la muerte voluntaria del refinado pastor que era su enamorado, el estudiante Grisóstomo.

«Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos... Tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie».

Parece a todas luces que estamos en la antítesis del soldado; pero no hay tal, sino la antítesis del Cortesano. Cervantes le está abriendo una vía a la verdadera nobleza en el ámbito natural de la hidalguía que era la soledad de los campos. Del roman de caballería ha saltado el ingenioso hidalgo a la novela pastoril. Lo negado como ideal es la cortesanía del vergonzoso en palacio (que diría Tirso de Molina).

La ingeniosidad cervantina consiste en saber a ciencia cierta que la verdadera nobleza nunca se hereda por sangre, ni por ascendencia de cuna. La nobleza reside en la virtud, propia e interiorizada, que se gana al obrar bien. No es algo externo a la persona. «Obras son amores y no buenas razones» les dirá el Quijote tanto al clérigo como al ama, y al bachiller, en cuanto les oiga teorizar sin altura de miras sobre el bien honesto.

«La verdadera nobleza consiste en la virtud... La sangre se hereda y la virtud se enquista. Y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale... La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar a la nobleza; pero no oscurecerla del todo».

El mensaje valía también para los soldados y marineros de los Reales Ejércitos y de la Real Armada de la Monarquía Católica. Pero no iba dirigido a ellos. El hombre común, —el ser del hombre— debía construir con sus méritos un personal porvenir del todo digno en sí mismo considerado.

Don Quijote es un caballero andante. Es el caminante, –mejor sería decir como Ignacio de Loyola, el peregrino–, que va hacia los santos lugares de su oficio, en su caso, los santuarios de la caballería. Pero no para triunfar en un torneo sino para conquistar una sabiduría sobre la realidad de las cosas, haciendo el bien y practicando la justicia. Y lo dice de esta forma tan ingeniosa, es decir, tan penetrante:

«Es una ciencia (la sabiduría) que encierra en sí todas o las más de las ciencias del mundo... (El caballero andante)... Ha de guardar la fe a Dios y a su dama, ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla».

2. El hambre de fama y de honra

No es ésta, ni la síntesis de las virtudes del hombre de bien ni lo que pregonará luego como hidalguía el romanticismo alemán tras haberla encontrado reflejada en los dramas de Calderón y nunca en los relatos de Cervantes. La interpretación decimonónica de lo hispánico desde Europa Central peca de idealista, de simbólica y de mitológica allí donde hubiera sido suficiente señalar el arraigo debido de la mejor idealidad en lo más prosaico como la solución recomendada por Cervantes.

Harri Meier en una obra de 1940 (que esperó a 1985 para ser traducida) no se olvidará del papel de la gracia divina en los cuatro escritores aludidos para mejor comprender las cuatro derivaciones de la caballería encarnadas por el hidalgo de Cervantes, el cortesano de Calderón, el discreto de Gracián y el seductor (burlador) de Tirso. La obra se titula *Sobre la gracia y la dignidad*. Y lleva por subtítulo... *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental. Una polémica entre Kant, Schiller, Goethe y Hegel*.

Más preciso que los alemanes citados se muestra nuestro Menéndez Pidal, después de habernos ofrecido renovada la figura caballeresca del Cid. En *Cervantes y el ideal caballeresco* (1948) escribirá D. Ramón:

«El caballero debía distinguirse como individuo único... Existe la autonomía aventurera de los individuos caballerescos».

Cervantes sabe que la hidalguía para ser eficaz tenía que levantar un puente entre lo personal y lo social. La caballería había dispuesto un orden caballeresco como solución al riesgo del ensimismamiento (que era tanto un peligro del Héroe como una tentación del Caballero).

La hidalguía del Quijote pretende vivir en el hiato entre las cualidades morales y los cometidos ético-sociales. Y Cervantes no lo olvida porque nos dice lo siguiente, según Menéndez Pidal, para dejarlo claro.

«Don Quijote tiene además ideales sociales y políticos de mayor alcance, que sólo en parte quedan cubiertos por el ideal caballeresco».

El hombre de honra del ingenioso hidalgo no se agota en lo que por él se dice, que es simplemente la búsqueda de las aventuras que le permitan la creación ex nihilo de una fama de Héroe:

«¡Dichosa edad y siglo glorioso aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro!»

La heroicidad en Cervantes –caso del Persiles– es más literaria que política, más humana que cortesana, más humana (en general) que castrense, marcial o militar (en particular). La caballería en Cervantes –caso del Quijote– es un fenómeno social, el de la hidalguía sublimada.

«Una de las cosas que más debe dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa».

La hidalguía en que desemboca Cervantes supone un rechazo de la heroicidad del Barroco. Pero también de la militancia reglada del soldado al servicio del Rey.

«Los caballeros han sido reemplazados ya hace tiempo por los soldados; el combate individual por la movilización de las masas y las armas de fuego han hecho su entrada triunfal».

Y es que la ingeniosa hidalguía de Don Quijote no se formaliza como Orden de Caballería. Carece tanto de liturgia como de vida en común en un

convento de célibes. Pero dará por supuesto que existen por todas las Españas otros muchos hidalgos tan peregrinos como él. Pero en absoluto será concebible un quijote-soldado con otros, es decir, una compañía de quijotes.

El ingenioso hidalgo no se inquieta por la transformación del mundo. No es ni un reformador, ni un inquisidor. Quiere su autorrealización personal, que es lo que dice de él Vicente Gaos. Su personal valentía a veces aparece como más importante que la lealtad personalizada. Pero en el fondo, lo primordial para Cervantes en el Quijote es la síntesis en su interior de la justicia cardinal con la caridad teologal. Sólo al servicio de estas dos categorías tendrá valor el esfuerzo de su brazo. Y le comunica a Sancho para elevar su deprimida moral esta noticia esperanzadora:

«Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro».

La vocación de la caballería andante propia del hidalgo Don Quijote consiste en una restauración que incluso eluda la primacía del heroísmo de los clásicos que nos había traído el Renacimiento. Es un ánimo, no es un ideal.

Los ideales en concreto de Don Quijote no pasan ni por la caballeriosidad (en el sentido cristiano medieval) ni por el heroísmo (en el sentido humanista). Se forja con su figura un peculiar modelo de hidalguía desmilitarizada. Heinz-Peter Enders al describirlo habla de igualdad, de estado, de paz, de verdad, de justicia y de libertad. El sentimiento del honor no es la clave del quijotismo. Ni el discurso de las armas y de las letras nos ofrece al contraste de lo civil y de lo militar luego exagerado por la generación del 98. El núcleo está en la vivencia de la honra que se entiende como autoestima clara de un oficio ya viejo, que es el oficio de las armas ejercido en soledad.

«Voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra».

El aprecio de la honra y de la fama se superpone al de la virtud en el Quijote. Nótese la ausencia de la gracia divina como factor decisivo a la que sin embargo se respeta.

«Si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se enquista. Y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale».

Estamos, como quiere Américo Castro que estemos, en una nobleza que viene de la virtud estoica, es decir, de la de Petrarca. Erasmo y Luis Vives, interiorizada e independiente del tríptico nobiliario «fama, casta y linaje». La deseable unión del espíritu caballero y de la sabiduría clerical evitará la belicosidad que se desprendía del culto al Héroe y abrirá un espacio al servicio nada bélico del hidalgo.

«Por mucho que insista en el poder de las armas, Don Quijote se rige en definitiva por un ideal de paz... Don Quijote alcanza mediante las armas «la depuración interior del ser humano» porque las armas sirven a la justicia y a la virtud».

Es un retorno al Caballero de Raimundo Lullio y de D. Juan Manuel, y al espíritu que estaba en las Partidas de Alfonso X, paladín de una justicia militante que liberara de sus cadenas a quienes les llevan cautivos para ser juzgados en la Corte. El sentimiento que priva es el amor a la libertad individual, que no el del honor de una estirpe. En absoluto se trata de remitir un ejército a Viena para vencer al Turco, el enemigo exterior de la Cristiandad. Se trata del autodomínio de las pasiones más egoístas. Para no ser esclavo de una herencia no deseada ni siquiera querrá figurarse a sí mismo siendo padre de familia, cual si se hubiera casado con Dulcinea, por ejemplo.

«Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida... El cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres».

Cervantes hace militar al hidalgo de la Mancha en la defensa de la justicia, aunque sea con notorias imprudencias. Cree, como Mateo Alemán, que sin esfuerzo de la persona no viene dada la justicia y hace reaparecer la frase más emblemática del libro de Job, un modelo de hidalguía, que él había sacado del Antiguo Testamento.

«La vida del hombre milicia es en la tierra; no hay cosa segura, ni estado que permanezca, perfecto gusto, ni contento verdadero; todo es fingido y vano».

Es así la hidalguía: *«Le pareció –se dice desde el comienzo de la gran novela– conveniente y necesario hacerse caballero andante así por el aumento de su honra como para el servicio de su república porque la honra y las virtudes son adornos del alma».*

Las virtudes del hidalgo hablan de la merecida consideración de su indudable honra, del prestigio que se le otorgará, de la distinción que él ganará para sí y de la estima social que se le debe. Pero, en definitiva, todo se reduce a la fama, algo que llega a ser, en palabras de Enders, sinónimo de la virtud. Lo decisivo de esta fama quijotesca del ingenioso hidalgo no viene de hecho sobresaliente alguno al que se denomine hazaña. Ni tampoco de la virtud en abstracto, como sería una ausencia de culpa o de mala intención. Llega como consecuencia directa de un catálogo de buenas obras que nada tienen que ver con la milicia organizada de un Ejército o de una Orden militar. Pero menos aún dependerá de las estancias de una Corte, es decir, del favor regio.

«Dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales... ha de guardar la fe a Dios y a su dama... los caballeros andantes son los ministros de Dios en la tierra y son brazos por quien se ejecuta en ella la justicia».

Nada apunta en el Quijote a la figura del Cortesano, como hiciera antes que él, Baltasar Castiglione, «un estado de perfección del hombre en su totalidad». Cervantes refiere a la realidad concreta de lo que hace a cada uno «hijo de sus obras». La honra cervantina, que para Américo Castro era un tributo de la virtud (cuando no una mera apariencia de lo virtuoso, como se temía Baltasar Gracián) vuelve a ser –Calderón y Tirso, le darían la razón– una sombra... de la verdadera virtud.

«De mí, sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos».

Faltan en absoluto las referencias a las virtudes del soldado honrado de infantería, es decir, el de los Tercios. Se sugieren rasgos del estoicismo de Erasmo y hasta del espíritu corporativo de la Compañía de Jesús. Quien se sabía armado Caballero era llevado a un modo de conducta que otros seres humanos deberían compartir. El Hidalgo de la Mancha supone que existen otros seres tan ingeniosos como Don Quijote a los que convendría hacerles algún caso porque son también modelos ejemplares de proceder para su tiempo.

Cervantes nunca celebra que héroe para un tiempo sea sólo aquel que se asienta por herencia en la cumbre del poder. ¡Quien habiendo nacido noble se rodea de vasallos o de súbditos! Se distancia él, del tema del honor aris-

toocrático porque le da mayor categoría ética a las virtudes que corresponden al Caballero villano que a las cualidades del Héroe clásico, que es sólo un hombre sobresaliente en sí mismo y considerado sin más como superior por las gentes de la época, aunque en nada se esfuerce para demostrarlo con buenas obras. El Príncipe de Maquiavelo, podría pasar por Héroe, pero nunca por Caballero. Menos aún por un ingenioso Hidalgo como Don Quijote, según Cervantes.

3. *El cortesano, un hombre gentil*

La segunda derivación del ánimo caballeresco dada en el siglo XVI fue recogida en una obra clásica, *El Cortesano*, de Baltasar de Castiglione. No es cuestión irrelevante la de percibir su presencia en el teatro del Siglo de Oro; pero el ejemplo más significativo a favor del cultivo de la gentileza (o arte de parecer bien a las gentes de alcurnia) lo encontramos en Calderón de la Barca algo más tarde.

Calderón se empeñará en dilucidar las consecuencias del sentimiento del honor mal entendido en la sociedad cortesana de su tiempo. Los problemas de la cortesanía, sin embargo, no son específicos del hombre de armas. Se dirá que existen gentilhombres (incluso soldados gentilhombres que anuncian el tipo anglosajón del «gentleman»). Y se recordará que, siendo la obediencia camino hacia la mejor y principal hazaña, necesariamente habrá de entenderse a la milicia como una religión de hombres honrados. ¡No se dice honorables!

El Cortesano, hombre gentil, preludia más al padre de familia que al soldado honrado. Pero su figura también se establece en la órbita de la honradez. El gentilhombre actúa como guardián de la castidad de su esposa y de sus hijas. La honorabilidad suya se aplica antes al combatiente que supera graves pruebas en el campo de batalla que al gentil cortesano cuyo escándalo siempre viene detrás de la mentira que se pronuncia en su presencia. Una mentira que nace de la cobardía de quien prefiere presentarse sin mérito como Héroe, a decir la verdad y a cumplir su palabra de Caballero. La leyenda titulada luego «A buen juez, mejor testigo» expresa muy bien cual era el mayor pecado del Cortesano, el incumplimiento de lo que se había prometido que surge junto a la negativa a reconocer que hubo una promesa ante el Crucificado en la Vega toledana.

Las comedias de capa y espada, los dramas de honor y las tragedias sin salida fácil tienen un sentido muy preciso a favor del Honor de un personaje principal. La autoridad, para decretar que hubo un mérito, se vincula a la

aparición del mejor alcalde, que es el Rey. Pero el reconocimiento más amplio de la Honra está al alcance de todo hombre de bien. Los oficiales reales, los corregidores, los capitanes y en una palabra, los cortesanos, están siempre tentados a seguir por muy concretas pasiones para mantener (o salvar) mejor su prestigio (o su buen nombre) un comportamiento hipócrita. Si faltan a sus compromisos en aras de un vicio (o tras haber cedido a algo inconfesable) se ocultan en un disfraz, llegan a mentir y lo hacen con mayor frecuencia cuanto más cobardes sean. La mentira de la boca parte de la cobardía del corazón. En el escenario teatral hay escándalo porque a veces faltan a la verdad quienes más presumen de poseer palabra de caballeros.

El espacio teatral calderoniano hace posible la existencia del orden. Dentro de un orden (querido por Dios) algunas comunidades libres –una honesta familia o una compañía de soldados– rinden culto a la verdad. Tienen honra, no por la altura de su nacimiento, sino por la decidida voluntad de ser fieles a las normas racionales o a las doctrinas reveladas que en su día aceptó cada persona para sí misma.

La realidad de la guerra y de las batallas, si aparece en el teatro de Calderón, son noticias que se mueven en la lejanía. Alguien había mostrado valentía y alguien había incurrido en villanía. Todo estaba claro. No hay drama. La realidad cercana de la Corte es artificiosa. El gran teatro del Mundo debería aprender de la realidad del Campo, que era más limpia. Hay menosprecio de Corte y alabanza de Aldea. Y cuidado sumo por salvaguardar la intimidad familiar, que es un peculiar señorío donde nadie miente. Es el hogar aquel sitio donde la virtud brilla más. Si llega el Rey a una villa para dictar una sentencia es porque el Rey ha salido de la Corte y se ha personado en la Aldea.

En las aldeas y caseríos viven seres dignos cuya honra no debe serle arrebatada por los frívolos cortesanos, ni siquiera por el mismo Rey que llegara hasta allí disfrazado de galán. Tirso y Calderón coinciden en ello, –el honor es el patrimonio del alma que sólo es de Dios, aunque la hacienda y la vida deban dársela al Rey. La novela picaresca para explicar lo contrario como muy frecuente pondrá su escenario en la ciudad donde pululan los transgresores. Si los libros de caballería habían hecho del Villano, un anticaballero; ahora la picaresca hace del Pícaro un antihéroe.

Se trataba de salvar al Hidalgo (rural) del contagio del Cortesano (palaciego). Lo que se salva es la honra del Padre de familia que, a diferencia del honor del Príncipe del Reino, no pretende fama ni busca gloria; aunque sí buen nombre para sí y para los seres débiles acogidos a su tutela.

El drama del honor calderoniano parte de una injuria (o de una violación del orden ético) que, aunque se refiera a una mujer engañada, convier-

te en responsable al hombre que la tiene a su cargo. No se le hace sufrir tanto al verdadero culpable de la deshonra como al deficiente guardián de la honra de los suyos.

Hay en el ambiente una obsesión por la pulcritud, por la pureza y por la castidad de un conjunto sólido de seres humanos, en principio intocables. Es una forma peculiar de sentir la felicidad que se sabe amenazada. Se pierde la excelencia de una familia, no por lo que uno mismo hace, sino por lo que le hacen otros a los miembros más delicados de la comunidad familiar, sea por la fuerza, sea mediante engaño o burla, sin más. De aquí la peligrosidad incluso de lo que Lope de Vega denominó la *Dama boba* en una de sus mejores farsas.

Se teme que el Cortesano sea finalmente un Burlador. La gentileza y la galantería se mezclan para eliminar el conflicto moral y para todo dejarlo en mero placer fugaz. El Burlador es un solitario que se niega a responder de la moralidad de nadie, ni siquiera de la suya. Se supone que sólo Dios le castigará, quizás después de su muerte. Pero el responsable de la armonía familiar, objeto de la indignidad, puede y debe ser castigado inmediatamente por la misma comunidad, si consiente la injuria y si no se juega la vida por recuperar su honra.

Alfonso García Valdecasas, en su magnífico libro *El hidalgo y el honor*, describe bien el juego de culpabilidades. Habla de la posibilidad del perdón y de la enmienda del daño que se realiza a través de la propuesta de matrimonio, es decir, de fundar una nueva familia, que se le ofrece al Burlador. Este retorno a la norma ética le indultaría.

No se trata de un drama de celos, porque aquí entraría en el juego una notoria infidelidad o su sospecha. Se ha roto, o se cree que está roto, un vínculo sagrado. Una calumnia puede acelerar la tragedia. Es lo que amargaría la existencia de Otelo en el teatro de Shakespeare. El binomio gentileza-galantería, en lugar de hacer felices a los hombres más próximos al vínculo, siembra la venganza de Otelo y precipitará incluso el acto asesino contra una mujer inocente, Desdémona.

Muy diferente será el tratamiento de la honra que encontramos en Baltasar Gracián. Gracián se separará olímpicamente de las cuestiones íntimas que interesaban a Calderón y a Tirso, todas dentro de la relación hombre-mujer y ninguna en el juego mando-subordinado. Baltasar Gracián se interesará por el arte de buen mandar (mucho más que Cervantes y que Calderón) para ofrecernos al Discreto como la solución de los males de España.

También se distanciará Gracián de las pretensiones de liberación del débil y perseguido por la ley, que tanto ocuparon al ex cautivo Cervantes. Las reflexiones del jesuita aragonés no se refieren al Hidalgo, pobre e ilu-

minado, ni al Padre de familia, digno y ofendido. Se desplaza Gracián desde un punto de partida todavía heroico (y quizás caballeresco) –el del Héroe– hacia un punto de llegada menos cortesano que discreto. Alguien –el Político– debería mandar sutilmente pero con autoridad en todos.

Apenas nos dice nada sobre el Caballero, sobre su honor o su hidalguía. Insiste en la necesaria presencia de la honra para convivir en paz y armonía. Pero lo que Gracián echa de menos es la excelencia de unos hombres valiosos por su lucidez mental. Ser persona y serlo de modo eminente es la finalidad que para Andrenio y Critilo busca Gracián.

Ante sus ojos, –fué capellán castrense como antes Diego Laínez– el hambre de honra llevaba a las filas de los ejércitos del Rey de España a tantos y tantos soldados no precisamente gentilhombres. El horizonte del Soldado era la honra, no el honor, aunque dejará de serlo ésta cuando se opte por la recluta más barata de vagos y maleantes que soportó el siglo XVIII. ¡Y esto no se debería permitir!

Se oponen la caballería cervantina y la discreción gracianesca. En realidad, se oponen la hidalguía de un loco y la atención discreta a la realidad tal cual es, no tal como aparece, de dos peregrinos andantes. Ni Cervantes ni Gracián se ponen al escribir al servicio de la moral del soldado honrado de infantería porque no sueñan en instituciones sociales sino en modelos de conducta personales. En la sombra queda todo lo que le importaba a Calderón y también a Tirso: el honor del rey en la estela de la honra de las gentes sencillas, que quieren poseer para sí tanto Critilo como Andrenio, tanto el Quijote como Sancho Panza, pero no Guzmán de Alfarache.

«El honor llegó a ser vivido –dice García Valdecasas– como un valor absoluto, como un precepto incondicional que marca inexorablemente el camino a seguir... El arte de Calderón –podría decirse lo mismo del de Tirso– es una grandiosa y heroica acción defensiva: sus dramas de honor luchaban por mantener enhiestas las reglas de la antigua moral social».

Gracián prescindirá de tales reglas. Él va en busca de las normas nuevas que le sugiere su propia reflexión manteniendo simplemente los ojos abiertos a la realidad. El Discreto, del que tantas cosas se han dicho, es un Varón atento, ni gentil ni galante, al que superficialmente se le verá desde Francia como si fuera un Hombre de Corte (Cortesano).

Pero no hay tal cortesanía en Gracián. El vocablo que el jesuita tenía en su mente para explicar la situación, es el de Galante ¡Hubiera servido la galantería como eficaz complemento de la pretendida y valorada discreción!

No parece que Gracián dejara escrito el libro que prometió sobre la galantería. Ni tampoco se escribieron por los tratadistas militares de su tiempo los libros que debieran consagrarse a la gentileza bien entendida de Castiglioni, un escritor platónico hispanizado.

Ni Cervantes, ni Calderón, ni Gracián (ni Tirso luego) fueron fieles continuadores de la imagen del Caballero que dibujó antes de ellos la poesía de Jorge Manrique. El hidalgo, el cortesano, el discreto (y, luego, el seductor) se atienen a una renuncia muy clara. Piensan en seres, en hombres y en varones, que no son aristócratas de sangre porque les suponen más atentos a la auténtica virtud que los mismos miembros de la nobleza.

4. *La vividura hispánica o el carácter de Castilla*

El Caballero de las Órdenes, como aristócrata de hecho, era una figura que ya estaba del todo clara para el altísimo poeta que fue Jorge Manrique. Es lo que desvalorizará al punto el historiador y filólogo del siglo XX que fue Américo Castro. En la original interpretación de la historia de España, que subtítulo *Judíos, moros y cristianos*, éste nos dirá que la alta nobleza de aquel caballero, recordado en las Coplas, nos ofrece una simbiosis populista que, a su juicio, sirvió de fundamento a lo que Castro llamaba la «vividura», es decir, la hispánica.

El ánimo caballeresco, a su modo de ver las cosas, le había vuelto las espaldas a la interioridad lírica de los españoles del siglo XVI, que colocada tras Erasmo de Rotterdam, disponía del mejor camino para la modernización de España. En otro libro suyo, *Sobre el nombre y el quien de los españoles*, se dedicará con mayor entusiasmo aún a la censura de ese tipo de caballerosidad épica que nos dice, indebidamente, pasó a invadir desde la alta nobleza de Castilla a las bases populares de toda España.

El capítulo IV de aquella recopilación de estudios, *—Cristianismo, Islam, en Jorge Manrique—* nos resume la severa crítica de Américo Castro. El texto vio la luz en la revista de Camilo José Cela, los *Papeles de Son Armadans* en mayo de 1958, que es donde se desarrolla por Castro esa crítica feroz a la estrofa más expresiva de las *Coplas a la muerte de Rodrigo Manrique*.

«Y pues Vos, claro varón
tanta sangre derramaste de paganos
esperad el galardón
que en este mundo ganaste por las manos».

El poeta se refería así a las tres virtudes teologales como prioritarias en la existencia del difunto Maestre de Santiago:

*«Y con esta confianza
y con la fé tan entera que tenéis
partid con buena esperanza
que esta otra vida tercera ganaréis*

En definitiva, el intelectual agnóstico del siglo XX (Castro) le niega al poeta creyente del XVI (Manrique) el derecho a considerar acorde con el Evangelio a la vida activa del caballero, todavía medieval, que fue el padre del poeta. No son igualmente válidos –dice Américo Castro– los dos modos de acceso a la eternidad, el de los buenos religiosos, que lo lograban con oraciones y con lloros y el de los caballeros famosos que penetraban en los cielos con trabajos y aflicciones contra moros.

En *Hacia Cervantes*, Américo Castro insiste en lo mismo; pero añade que la afirmación de Jorge Manrique revelaba un modo de creencia paralelo a la fé islámica. El Reino del que habla Manrique –las Españas– es, según *La realidad histórica de España* (Méjico, 1962), la simbiosis militante de tres castas religiosas donde predominará, por desgracia, todo lo que viene del Islam sobre lo que venía de Cristo.

«Alá ha prometido a todos bien, pero ha otorgado a quienes luchan, un galardón superior al de los sedentarios».

El lírico Castro aborrece al épico Manrique. Y se explana:

«Estos modos de valorar el vivir y el morir se hicieron habituales para la casta cristiana por ser muy grandes el prestigio y la fuerza de sus seculares adversarios; su expresión adquirió forma estable en la institución de las órdenes militares, tan islámicas en Europa como en la Península».

Castro, interesado en diferenciar el estilo santiaguista de vida del padre de Jorge Manrique del sentir cortesano de los caballeros del resto de Europa, buscará un resultado distinto para la evolución la caballería en el corazón de Europa, a pesar de creer en su común origen islámico. Lo vituperable es que Rodrigo Manrique apenas se separó de la praxis islámica y que, por su influencia, tampoco lo hicieron los españoles de los siglos posteriores al XVI.

«La vida terrena de don Rodrigo Manrique se trasciende en una doble salvación: la infinita del vivir celestial, la máxima del sobrevivir terreno».

No afirma Castro que la «vividura» de los restantes nobles de Castilla siguiera anclada en la doctrina de la «guerra santa». Señala que en Castilla se buscaba con un afán digno de mejor causa una simbiosis de lo divino y de lo humano. Aquí, «más importante poética y mentalmente que la guerra contra el infiel, era quien la hacía».

Las *Coplas* –sigue diciendo– lograron la simbiosis aunando en un mismo y bellísimo ritmo la esperanza de eternidad y el afán de perennidad. Lo cual, según, D. Américo– es algo tan hispánico-cristiano como judaico-cristiano. No dice que el fenómeno social consiguiente sea únicamente islámico. Subraya que el hecho de poner en el núcleo del vivir a la persona misma del guerrero era la esencia de Castilla, pero no la de la Europa de El Otoño de la Edad Media (la de Huizinga).

Tendrá prisa Américo Castro por acusar el contrastar entre lo hidalgo (ibérico) y lo cortesano (europeo). Y se amparará en la poesía laicista del francés François Villon, para defender la vuelta de espaldas a la religiosidad cristiana de los franceses aquellos que no se daba todavía en Castilla.

«El morir para Villon es sentido como un fenómeno que viene del exterior, una forma extrema de mudanza y alteración, sin halo ultraterreno alguno... Al estar, aquí y ahora, sigue el no estar en ninguna parte».

Castro maneja una escala de preferencias en sentido norte-centro-sur, bipolar, casi maniquea. Desde el sur (Islam), pasando por el centro (Castilla) se llega al norte (Europa). La mezcla (o simbiosis) está en lo castellano; porque el bien radica en quienes no creen, al norte y el mal en quienes creen demasiado, al sur.

«En Castilla se dice que el morir es un morirse o un se me murió por y para algo, como hizo don Rodrigo».

Era la influencia del Islam lo que les inclinaba a los caballeros santia-guistas a que se amara a la guerra en cuanto tal. Algo –recuerda Castro con malicia– que no aparece en los Evangelios.

«A quien quiera que combata en la vía de Alá, muera o venza en la lid, nos le concederemos rico galardón».

Lo material y lo espiritual –afirma Castro con triunfalismo– no existían disociados en el Islam, pues lo uno refluye constantemente sobre lo otro... (Como en todas las religiones, digo yo, sobre todo en las tres creencias inspiradas por la Biblia).

Y es que Castro dará por sentado lo mucho que se arabizó y se islamiizó la estructura vital española. Él quiere decir sólo la de Castilla, que es su obsesión. Nosotros, los españoles, venimos de unos caballeros (islamizados a fondo durante la Edad Media). Y ello a pesar de la resistencia del pueblo llano y de las razones aportadas por las minorías cultas del Renacimiento, siempre líricas y nunca épicas, como querían que fueran desde los Países Bajos, tanto Erasmo como Vives.

Y he aquí la tesis de fondo: el conflicto entre un mal, la Castilla, caballerisca e hidalga, y un bien, una periferia peninsular cortesana y gentil, que se ganó para sí Castilla haciéndoles a todos los seres peninsulares españoles sin más.

«El «nosotros» español comenzó como un «nosotros» castellano, que fue ampliando su radio vital hasta magnificarse como un «nosotros» español... Los castellanos fueron castellanizando hasta donde les fue posible a leoneses, gallegos, navarros, aragoneses, catalanes, valencianos, a los indios de América. Pero no españolizaron a los celtíberos, ni a los tartesios, ni a los íberos... porque no existía ya ningún «nosotros» que continuara llamándose visigodos, iberos o celtíberos».

La cita es asombrosa. Oculta los nombres y la condición de los geniales castellanizadores de todo cuanto tocaban. No nos dice Castro ni el modo con que Isabel castellanizó a Fernando el Católico, ni con el que el Católico no aragonizó a Isabel, porque nadie sabe lo que es eso de castellanizar o aragonizar al vecino. ¡Qué ley, dictaron los Condes de Castilla que fuera de obligado cumplimiento allí donde había otros reyes u otros condes! Pero a Castro se le ocurre de nuevo la comparación con Europa Occidental y escribe:

«Nunca los franceses francesaron a los galos, ni los alemanes ni los ingleses hicieron algo similar, es decir, ni los italianos italianizaron a los etruscos... Todos pasaron por lo mismo, es decir, por una mezcla de invasores e invadidos que los historiadores jerarquizan según fuera la etnia dominante para el ejercicio del poder».

Castro discrepa del tipo castellano de caballero que, con unción de hijo, el poeta de Castilla, integrado en el séquito del emperador Carlos, evocaba como ejemplar. Le niega españolidad al padre (Rodrigo) para otorgarle un modo islámico de valorar al hijo (Jorge). Y de paso se lleva por delante todas las posibles españolidades de muchos seres humanos sobresalientes del pretérito ibérico. Séneca –nos grita Castro–, como todo el mundo sabe, era un romano. Trajano era simplemente un hispano. Isidoro de Sevilla, un visigodo. Viriato, anteriormente, tampoco era portugués, sino lusitano. ¿Dónde y cuando aparecerá, por fin, algún ilustre varón de la Península Ibérica que merezca ser valorado como español?

Al escritor fino, sin duda francés, Michael de Montaigne, –que carecía del ánimo caballeresco del español Miguel de Cervantes– le parecieron claros franceses múltiples antepasados suyos, sin desdeñar a Vercingetorix ni a Clodoveo. Para Castro, depurador de asignaciones de españolidad, el leal caballero castellano de la Reconquista, fue un juguete de moros y de judíos. Si algún guerrero tuvo personalidad lo será a costa de la toma de rasgos foráneos como, según Camón Aznar, había ocurrido con el guerrero para su gusto mozárabe, el Cid Campeador. Las personas creyentes en la divinidad de Cristo, que luego hubo entre los hispanos-romanos y los visigodos de Iberia, al llegar los musulmanes sólo habitaron una fracción al norte del espacio que antes fuera imperial. La parte más extensa de la Península Ibérica se islamizó en profundidad. Sólo empezarían, según Castro, a ser españoles los súbditos castellanizados de cada uno de los Reinos cristianos enfrentados a los musulmanes de los Reinos de Taifa. Comarca a comarca, desde la Provenza ultrapirenaica y a lo largo del Camino hasta Santiago, terminaron haciéndose españoles en potencia sólo los escasos súbditos del primer Condado de Castilla. ¡Luego hubo muchos más!

El ánimo (o espíritu) caballeresco de *Las Coplas de Jorge Manrique* no significaba pues una españolización sino sólo una castellanización. No hubo, –lo indica Américo Castro como prueba– en la Edad Media ni rey ni reina que se denominara rey o reina de España. Será la fecha, –1500– del nacimiento de Carlos en Gante, la única irrefutable para que, por fin, hubiera un rey Carlos I (de España) y no un rey consorte, Felipe I el Hermoso (de Castilla) su padre.

«Las poblaciones heterogéneas que ocupaban las zonas cristianas de la Península al Sur de los Pirineos fueron propias de españoles sólo a partir de determinado momento».

Ese determinado momento quiere D. Américo que se sitúe lo más tarde posible. El sustrato ibérico romanizado del siglo I de la era cristiana no le

sirve. Tampoco el sustrato cristiano de la parte peninsular reconquistada por varios reyes leoneses de origen visigodo. Lo que nace por generación espontánea hacia el año 1000 es un mosaico de comarcas insolidarias.

Castro no pierde ocasión para marcar diferencias dentro del actual espacio de la España histórica. España es plural; pero Europa es uniforme. La antigua monarquía visigótica de Leovigildo había sido más uniforme que la posterior «Hispania» medieval de los cinco Reinos. Uniformidad profunda sólo hubo aquí con los romanos del siglo IV, ya extinguidos por el Islam hacia el año 800 de la era cristiana.

Castilla, según este apasionado de la pluralidad que era Castro, le lleva la contraria al irresistible pluralismo de la España que pudo ser y no fue. Sólo Castilla quiere uniformarse. Todos los demás habitantes hispanizados del medievo quieren seguir pluralizándose. Cada comarca es diferente porque todas son distintas de Castilla. Esto es lo único que les une, una protesta. Y lo que la periferia peninsular rechazará antes serán Las Coplas del Soldado Jorge Manrique a la muerte de un Caballero (de la Orden de Santiago), su padre Rodrigo Manrique.

Para Castro los ingeniosos hidalgos del siglo XVII son todos castellanos. Los restantes soldados gentilhombres del siglo XVII tampoco fueron españoles; pero de hecho siguieron la pauta marcada por Castilla. En Italia y en los Países Bajos lo que aparece como nuevo es el Cortesano, el Hombre de Corte, el más parecido al «gentleman» de las Islas Británicas. Las Órdenes de Caballería europeas eran ya entonces más cortesanas que hidalgas. Los erasmianos y los tacitistas, que terminaron impresionando a Miguel de Cervantes y a Baltasar Gracián, les transmitieron según D. Américo ésta única idea: la pluralidad existía sólo en España porque aquí no entró el humanismo, lo hubiera que supuesto la unidad de lo ibérico con lo europeo de haberse generalizado en la España de Felipe II).

Castro percibe la gran diferencia en el Tratado de Corbeil de 1258. Estaban allí representadas dos monarquías distintas, la del rey cruzado, San Luis IX de Francia, que era todavía sólo rey de los francos y la del rey conquistador, Jaime I de Aragón, que ya era rey de esos territorios concretos, (Aragón. Mallorca, Valencia) y conde de otras tierras o ciudades, (Barcelona y Urgel) además de señor de Montpellier.

Y es que, según D. Américo, el salto de francos a franceses fue inmediato. Los hispanos saltaron en dos tiempos un foso mucho mayor para ser sucesivamente cristianos y españoles (siendo de veras por delante otra cosa, «castellanos»). O castellanizados por el expansionismo del extraño fenómeno que fue la lengua de Castilla. Una lengua, milagrosa sin duda, que hacía lo que no hicieron ni el catalán, ni el gallego, ni el vascuence: que se

comprendiera y se hablara allí donde los reyes de Castilla no eran soberanos ni aspiraban a serlo. Piénsese en la estirpe regia que sucumbe con Pedro I (sea el Cruel para unos o el Justiciero para otros). No se piense en la Casa de Trastámara como si esta otra estirpe fuera el único esfuerzo coherente del unitarismo ibérico.

Para Castro lo que hubo en Castilla y (sólo en Castilla) fue un superior belicismo de base islámica. Los caballeros del Condado (y luego Reino) de Castilla estaban más islamizados que todos los demás caballeros de la Cristiandad: «Sólo entre castellanos, ya lo dije, surgió una épica sobre temas contemporáneos» —escribe Castro pensando en la novela de Cervantes.

Esta épica castellana —nada se dice de la épica carolingia o de la épica del círculo artúrico (o la de los caballeros de la Tabla Redonda) —dependía de la vigencia del principio monárquico en tanto poseía éste el peculiar valor —lo dice Castro sin sonrojarse— que tenía la dignidad regia entre los moros del siglo XI.

«La palabra rey, en castellano, fue inyectada en sentido oriental; el rey mandaba sobre fieles creyentes y sobre territorios conquistados... La institución regia, en Castilla o Aragón, no se ajustaba al sentido que tomó en francés el vocablo latino rex, relacionado con regere, tanto en el sentido lineal como en el moral de rectitud. Rey, en sentido latino, sería como el gobernante justo; Rey, en sentido islámico, es el que manda sobre los creyentes y sobre las tierras conquistadas».

Castro, que nunca fue tenido por buen medievalista, se introdujo en nuestra Edad Media para descalificar desde ella al monarquismo ibérico mirándole como miraba al caballero D. Rodrigo Manrique, es decir, islamizándole. La Monarquía Católica, exclamará Castro, es tan islámica como las Órdenes de Caballería. Francia reaccionó dos veces contra ello, una quemando vivo al Maestre templario (islamizado) y otra guillotinando al rey de Francia en 1792 (por la misma razón); acaso, porque seguía siendo un rey algo islamizado, aunque no tanto como los Borbones de España en tanto que éstos no se atrevieran a clausurar la Monarquía Católica, de una vez por todas, antes del año 1700, el del cambio de dinastía en Madrid.

5. *El discreto, un varón atento a la realidad*

Hay una nota que curiosamente les une a los dos grandes intérpretes de nuestra historia que fueron, hace ya medio siglo, Américo Castro y Claudio

Sánchez Albornoz. Su hostilidad recíproca se aminora cuando se está tratando del mito del *Quijote* y se disuelve del todo en su común falta de aprecio a la propuesta del *Criticón*. La figura del *Varón discreto y atento* (a la realidad dibujada por Baltasar Gracián) les tiene a los dos sin cuidado.

Desde la primera edición en 1959 de la obra más nítida de Castro –*Origen, ser y existir de los españoles*–, tras la publicación en 1961 del libro más agresivo –*De la edad conflictiva*–, hasta llegar en 1962 a la reflexión mejor vertebrada –*La realidad histórica de España. Judíos, moros y cristianos*– su gigantesco rival medievalista Sánchez Albornoz, no había dejado de discrepar, en su *España un enigma histórico*, de la imagen de Castilla como ejemplo de una arabización (o mejor, islamización). La «estructura vital hispana», que es como D. Claudio denominará a lo que D. Américo llamaba «vividura hispánica, nunca se arabizó.

Tanto Roma –nos dice Sánchez Albornoz– como el Cristianismo y la inmediata invasión de los godos, sentaron las bases para que luego, al ser invadida por el Islam, toda la Península Ibérica se fuera decantando, paso a paso, de norte a sur, a favor del Occidente en tanto cristiano. La «estructura vital hispana» no se arabizó, aunque estuviera tentada a ello al menos hasta el año 1.000 de la era cristiana, que será la nuestra de una vez para siempre.

Castro insiste y concreta lo esencial de su postura (la postura de quien será nombrado embajador de la Segunda República Española en la Alemania del Tercer Reich): las dos instituciones más islamizadas de lo que sería luego España, él piensa que fueron la Monarquía y la Caballería, por este orden. El doble rechazo a lo monárquico y a lo caballeresco era una nota que Castro creía compartir con todos sus compañeros de generación intelectual, la de los hijos del 98 en la terminología de Pedro Laín Entralgo (un médico aragonés que se movía a gusto en el hiato que desde el muy patético Miguel de Unamuno nos llevaba al más lógico Xavier Zubiri, dos ilustres vascos).

En *España como problema*, una obra lainiana de 1949, ya se había recogido la teoría a favor de la simbiosis de las tres castas religiosas. Una tesis que supone, gratuitamente, la feliz convivencia de las tres creencias (judía, islámica y cristiana) hasta los preliminares de la expulsión de la judía por los Reyes Católicos y de la islámica por Felipe III, (ésta en días cercanos a cuando aparecieron las dos partes del *Quijote* y acababa de nacer Baltasar Gracián).

Tanto la Monarquía (católica) de los Habsburgo, como la Aristocracia (nobiliaria) de las Órdenes ibéricas de Caballería, ya estaban, según Laín, islamizadas. Vivían en conflicto con el humanismo europeo por esa causa.

La disyuntiva, según Castro, podría resolverse de este modo: haciendo del hidalgo todo lo contrario del caballero y convirtiendo al hidalgo en cortesano, en hombre de corte ó en gentilhombre. Sólo así hubiera afluido al primer plano en la Península Ibérica lo que finalmente hubiera acercado a la España (plural) la Europa (unida).

«La hidalguía, institución tan característica de castellanos y portugueses, nada tiene que ver con la caballería. La hidalguía poseía sentido mágico, era como un espíritu que realizaba a la persona y que podía irse como había venido».

La españolidad del hidalgo, –un espíritu hispano que nos distancia del cortesano europeo, (el legítimo heredero de una caballería menos islamizada que la ibérica)– indicaba originalidad; pero nunca perfección. En definitiva, era más bien un defecto propio del arte de imperar de una casta sobre las otras dos.

«En España y en su imperio triunfó la energía y el arte de imperar de la casta hidalga militar y religiosa y fueron ahogados los intentos de formar una ciencia y una cultura a tono con las de Europa».

El defecto estaba más bien para Laín sólo en una de las tres castas. Nótese que también la Iglesia Católica en pleno resultaba implícitamente aludida como nada o poco europea. Reteniendo, no expulsando, a las castas judía y musulmana y dándoles mayor relieve en nuestra vida colectiva a los cristianos nuevos, es decir, a los conversos, España hubiera quedado más cerca de Europa, dice Castro.

«Fueron necesarios unos quinientos años (desde el siglo VIII al XIII) para que los cristianos de España tuvieran un nombre común, «español», mientras a comienzos del siglo I de nuestra era –dice Castro– todos los habitantes de la provincia romana Hispania eran llamados «hispani» ó «hispanienses».

Castro identifica al «hispaniense» con el habitante pagano de una provincia romana (sin todavía castas religiosas). Lo malo, escribe el agnóstico Américo Castro (que ya había desacreditado antes al creyente Jorge Manrique) es que del «hispaniense» del siglo I pasamos al «cristiano» del VIII antes de producir en el siglo XIII al «español», siendo lo más decisivo todo

lo que se realizó en el ámbito de la cultura desde el siglo X, por el hombre «castellano». Sin Castilla, todo hubiera sido diferente. Si nunca se hubiera generalizado su estilo de vida en la Península, lo que entendemos hoy por «hidalgo» (que no por «cortesano») hubiera cambiado de signo.

«La institución de la limpieza de sangre, clave de la sociedad española desde la época de Carlos V, no es cristiana sino judía... La fusión de la Iglesia con el Estado, en la forma que tal fusión acabó por tomar en España, es una institución musulmana».

Castro deja a la Cristiandad de los pueblos ibéricos sin raíces propias. Ni siquiera considera como raíces de la «vividura» (hispánica) a las ideas cristianas. Castilla, o copiaba del Islam o copiaba de Israel. Salta a la vista suya que el salvador de España, –Erasmus de Rotterdam– tenía que ser ciudadano de los Países Bajos, nacido algo después del otoño de la Edad Media en expresión de Huizinga. Era este humanista quien tenía la misión de clausurar las dos nefastas influencias y de reformarlo todo, poniendo a los españoles de espaldas a la Iglesia Católica, la de los clérigos, sacerdotes y monjes. Sólo así, los españoles enmendaríamos el daño causado por las dos instituciones más judaicas y más islámicas de nuestros pretérito, la Monarquía y la Caballería. Es la misma tesis que Castro exhibió en su *Hacia Cervantes*:

«La guerra se convirtió para quienes abrían su conciencia a la vida entre los siglos VIII y XIII, el tema primordial... Si el hispano-judío se destacaba por su aguda inteligencia y el moro por su industriosidad constructiva y laboriosa, el cristiano se especializó en el cultivo del esfuerzo heroico y batallador».

Nótese que Castro dice que fue el «cristiano» y no el «español» el hombre más belicista. Porque el hispano-judío y el moro peninsular estaban mucho más cerca de lo que privaba en Europa. Aquel, el «cristiano», era el único obseso por la guerra, por la acción heroica, por la proeza y por las hazañas. Cortesanos y artesanos al estilo europeo no los teníamos en Castilla. Teníamos, como único paradigma, al noble caballero de las Órdenes militares y no valía la pena que Sánchez Albornoz se aplicara a mostrarnos la vigencia y la eficacia reconquistadora de la caballería villana, que sí que fue la verdadera matriz de la hidalguía del Quijote, según D. Claudio (un republicano).

«Actos de heroísmo –dice Castro– los hay por doquiera; pero en la historia de España desempeñaron un papel singular, justamente por la menor atención concedida a otras clases de proezas. En la forma de constituirse los reinos de la Península y en la expansión mundial de los españoles, el heroísmo desempeñó una función céntrica y cordial; en otras partes de Occidente, por frecuente y extraordinario que el heroísmo fuera su misión aparece más bien ocasional ó periférica».

Refiriéndose al periodo 1600-1900 todos estos estudiosos del heroísmo llegaron a creer que «tres siglos de error y de dolor gravitaban sobre nosotros los españoles», en palabras que Ortega escribió en 1910. Y esto es lo más grave por sus evidentes efectos desmoralizadores. No porque en aquellos trescientos años España entrara voluntariamente en guerras o ensalzara desmesuradamente a los hombres de armas, porque más bien ocurría todo lo contrario, según decía el mismo Ortega, al referirse a las épocas sin heroísmo, tan frecuentes en la España de esos siglos vituperados por su pluma. ¡No todo fue error y dolor!

El ideal heroico, el ánimo caballeresco, el espíritu hidalgo y el consiguiente estilo del varón atento (que no se entregó por discreción al estilo cortesano de existencia, ni a las formas galantes del seductor) nunca alcanzaron a dominar del todo a una colectividad que se estaba modernizando a lo europeo y que tenía a su alcance otras múltiples formas de existencia; pero estuvieron muy vivos y operaron sobre las minorías del Reino durante el Siglo de las Luces.

Las otras proezas, nada bélicas, que Américo Castro también echa de menos en la España de los tres siglos aludidos por Ortega, el poeta Jorge Manrique las valoraba mucho y las ponía por delante del elogio a la memoria de su padre. *Las Coplas* pretendían todo lo contrario que una censura a los letrados. Querían que el esfuerzo bélico del heroico caballero, –es un título del Doctor Palacios Rubio– fuera mejor valorado porque también resultaba válido, incluso como mérito para la salvación. Como el discurso cervantino de las armas y las letras, *Las Coplas* se escriben para que quienes practican el oficio de orar y el oficio de pensar no desdeñen el oficio de las armas. Es un acto de defensa del quehacer por muchos desvalorizado, el bélico.

La alegoría popular que se tituló *El triunfo de Don Quijote* era en los comienzos del siglo XVII un cántico al peregrino que fue Iñigo de Loyola y una advertencia a las sociedades menos generosas que se presentaban asociadas como del todo fieles a su fundador, fueran ellas compañías de soldados o de clérigos (de los Tercios de Flandes o de los Colegios de Ignacio de Loyola). Los

primores, los realces y las crisis con que Gracián ordena sus libros son unas llamadas claras para que se atienda a la realidad tal cual es y no cómo aparece.

6. Sólo un príncipe nuevo puede ser héroe universal

Nos interesaría conocer mejor la idea que el jesuita aragonés se fue haciendo del sentimiento del honor en tanto esta idea haya podido servir en aquella España para fundar un peculiar humanismo no precisamente europeo. Nos encontramos, como en el caso de Cervantes (y quizás el de Calderón de la Barca o de Tirso de Molina) ante escritores que tuvieron experiencia de la guerra y que llenaron con su pluma muchas páginas con encendidos elogios a algunas gentes de armas.

Nada hay en Gracián contrario a la vida militar y sí mucho de admiración hacia quienes en ella gozaron de prestigio y de reputación. Ciertamente que se daba una notable diferencia entre el sentido cortesano de sus dedicatorias a nobles y la amarga censura de los comportamientos de soldados subrayados en el relato como viciosos. Pero, en definitiva, Gracián respeta al Príncipe, mira extasiado al Héroe, se asombra del ideal del Político y sólo como consecuencia lógica de un desengaño, penetrará en la necesidad de las buenas cualidades del Discreto.

El Caballero en la pluma de Gracián apenas protagoniza ningún episodio del *Criticón*. El Hidalgo no encuentra tampoco sitio digno en las demás obras de Gracián y cuando se le otorga alguna presencia al Soldado, lo es para describir un modo de ver las cosas carente de grandeza.

En *El Héroe* —su primera obra— pretende Gracián «formar con un libro enano, un varón gigante... sacar un varón máximo, esto es, milagro de perfección». Veinte primores dejarán acabado su retrato. «Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión... Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena y constituye superioridad saber celar la propia».

Retengamos la expresión de Gracián «varón máximo». Porque estamos en una atmósfera de lucha... «más no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en excelencia». Y añade esta evidencia:

«¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama sino los guerreros?».

Se reconoce lo obvio. Que «a ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico», Pero

se nos matizan los modos de aquella lucha añadiendo que «tan gloriosa es una bella retirada como una gallarda acometida». «Un lunar tal vez da campo a los realces de la belleza». El Primor último de *El Héroe* nos viene a favor del ejercicio de la virtud cristiana pero por sorpresa:

«Fue Constantino entre los césares el primero que se llamó Magno y fue juntamente el primer emperador cristiano... Carlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre y aspiró al de santo. Luis, gloriosísimo rey, fue flor de santos y de reyes. En España, Fernando, llamado comúnmente el Santo en Castilla, fue el Magno del Orbe».

Se anuncia lo santo. Que «no puede la grandeza fundarse en el pecado, que no es nada, sino en Dios, que lo es todo... Ser héroe en el mundo, poco o nada es; serlo del Cielo es mucho».

El horizonte del auténtico heroísmo en el primer Gracián prolongará fielmente el horizonte nada heroico en sí, sino caballeresco, sugerido por Cervantes, Calderón y Tirso. No se busca ser héroe en el mundo sino buen caballero. *El Político*, su segundo libro, se sitúa en idéntica trayectoria. Pero Gracián exhibe como válida una excepción mundana:

«Las principales de estas heroicas prendas son antes favores del celestial destino que méritos del propio desvelo».

Es una tesis ignaciana la que hace propios de la gracia divina los «favores del celestial destino» que tuvieron, dice Gracián, su hombre predilecto, en Fernando el Católico:

«El claro sol que entre todos brilla es el Católico Fernando, en quien depositaron, la naturaleza prendas, la fortuna favores y la fama aplausos. Copió el Cielo en él todas las mejores prendas de todos los fundadores monarcas».

El nuevo humanismo, que será grato al Cielo y a la fortuna al mismo tiempo, también concede favores. Se elogia al monarca fundador por excelencia. Hay una clara inclinación hacia las tesis laicistas de los estoicos que a Gracián le vienen desde Séneca y le llevan hasta Justo Lipsio:

«Entregó Fernando la juventud a la milicia y la senectud a la política. Atendió en sus primeros años a conquistar, en los

postreros a gobernar. Piden las edades sus empleos: compete el valor a la mocedad y la prudencia a la vejez».

El cambio ético de perspectiva, a favor de Tácito contra Maquiavelo, es rotundo en Gracián:

«Apetece la vejez todo lo contrario, ama la paz, porque el sosiego da leyes, reforma las costumbres, compone la república, establece el imperio... Vanse encadenando los príncipes ingloriosos, pero los heroicos son raros y singulares».

Lo cristiano de nuevo reaparece en el jesuita. «Es la Providencia suma autora de los imperios, que no la ciega y vulgar fortuna». Pero se añade: «suma infelicidad de un príncipe es llegar a la monarquía ya postrada, caído el valor, válida la ociosidad, desterrada la virtud, entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación fallida, la dicha alterada, todo envejecido y, como cosa vieja, amenazando por instantes la ruina total».

Estamos ya en la época de Felipe IV. La clave del éxito ya no se pone en la virtud del Príncipe (la virtud del actor principal) sino en unas circunstancias que son las del escenario político. «Depende en mucho el salir un príncipe perfecto de la nación en que mora... Naciones hay que echan a perder sus reyes y otras que los ganan».

No estamos glosando todavía a la figura de El Discreto, ni al Varón Atento, ni al Varón Galante. La hazaña como único ideal del Héroe ya se ha quedado atrás.

«No tienen algunos por gran príncipe sino al que fue gran caudillo, gran batallador, estrechando el empleo universal de un monarca al español de un capitán, confundiendo el del superior con el de un inferior, la eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar».

No se nos dice todavía de El Político que «vale más la maña que la fuerza». Casi se nos apuntaba lo contrario. «Vulgar agravio es de la política el confundirla con la astucia; no tienen algunos por sabio sino al ingenioso. La capacidad de D. Fernando el Católico es sabiduría de quien posee el arte de gobernar».

«Su mayor prenda y el sol de los demás fue una prodigiosa capacidad, fundamento seguro de una real grandeza... La capacidad constituye personas; la incapacidad monstruos».

Hay armonía. «Es la capacidad el fundamento de la política... seno de la prudencia. Del saber y del valor se adecúa un príncipe perfecto... un César haciendo blasón de la pluma y de la espada... un Felipe II de España que comenzó valiente y acabó prudente».

Los perdidos Avisos sobre el Varón Atento pueden estar aludidos en esta concisa consigna: «Más alcanza en todas las artes una mediana habilidad con aplicación, que no un raro talento sin ellas». Es lo que se espera de «un príncipe compresivo, sagaz, penetrante, vivo, atento, sensible... y en una palabra sabio «como fue –dice Gracián– el Católico Fernando, el rey de mayor capacidad que ha habido».

No hay manera de reproducir los aforismos, todos ellos certeros. Ni de abreviarlos. Pero el conceptismo hace todo lo que queda a su alcance al proclamar que «*Sólo un Príncipe Nuevo puede ser Universal Héroe*».

Los veinticinco reales de *El Discreto* tienden, –lo escribe Emilio Blanco– a elevar la personalidad, a dar lustre, es decir, personalidad. Realce indica la elevación. Tiene que ver con «real», regio. No se quiere abandonar el horizonte monárquico del heroísmo; pero se reconoce en esta obra madura que ya se está en el horizonte de la discreción, un horizonte nuevo propio del siglo XVII. «Comience por sí mismo El Discreto a saber, sabiéndose. Mejor lo podría decir El Varón Atento»:

«El varón sabio ha de ir deteniéndose y más donde no conoce; ha de entrar con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad... Aquí importa mucho la Templanza».

El Discreto es un libro que se desarrolla como un manual de estrategia: «Háse de pensar despacio y ejecutar de presto... Si quería vencer, que peléase a su modo: esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo... Más triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor». El Héroe no debía renunciar a la prontitud. Otra cosa mejor será la calma de El Discreto.

El Realce XVI se lanza en tromba Contra la figurería de los que «afectan ir a lo antiguo, renovando vejedades». El Realce XVIII hace Burla de la Ficción Heroica porque «no solamente ha de ser aseado el entendimiento sino la voluntad también». El Realce XX es otra sátira Contra la Hazañería. Aquí se critica al Quijote de Cervantes porque «la jactancia es intolerable... Nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida hinchazón, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha». Y se referirá con notable extensión a quienes andan «mendigando hazañas», es decir, las hormiguillas del honor.

«Gran diferencia hay de los hazañosos a los azañeros y aún oposición, porque aquellos, cuanto mayor es su eminencia la afectan menos; conténtase con el hacer y dejan para otros el decir».

Distingue Gracián, elitista a su modo, entre quienes son buenos para ser mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia, más no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor tropezando siempre en el desierto.

Los Realces XXIII y XXIV hablan del Arte de ser dichoso y de la Búsqueda de la fortuna, algo a su juicio, siempre mal emprendido por estudiantes y soldados. «Entraron –dice Gracián– en la Casa del poderoso Mando y era tanta la confusión y la prisa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese, ni aún le escuchasen, aunque toparon con muchos».

A El Discreto en el último Realce (el XXV), se le llamará El Varón Galante. «La tercera jornada de tan bello vivir, la mejor y la mayor, dice Gracián, es la que se emplea en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto».

Los trescientos aforismos del *Oráculo Manual y Arte de la Prudencia* nos han reiterado lo ya dicho: pero se hace apurando el intimismo porque «todo está en su punto y el ser persona en el mayor». Insisten en que «Mili-cia es la vida del hombre». Y uno de los asertos más avanzados en el texto, dirá que «lo bueno, si breve dos veces bueno y a mí lo malo, si poco, no tanto malo».

Ser persona es, en definitiva, adquirir un carácter, una personalidad moral. Esta filosofía práctica no lo es sólo para hidalgos, cortesanos o gentileshombres sino válida para el hombre común que se niegue a ser vulgar, es decir, que aplauda la discreción. La actitud legitimadora de todos los textos anteriores queda apuntada, religiosamente, en el aforismo CCLI, el único ignaciano del todo, sin duda alguna:

«Hánse de procurar los medios humanos como si no hubiera divinos, y los divinos como si no hubiera humanos; regla es de gran maestro, no hay que añadir comentario».

Los aforismos CCXCV y CCXCVI lo dicen más claramente todavía:

«En Dios, todo es infinito, todo inmerso; así en un héroe, todo ha de ser grande y majestuoso, de suerte que todas sus

acciones y aún razones vayan revestidas de una transcendente y grandiosa majestad».

El último aforismo CCC sigue identificando al auténtico heroísmo con la santidad. Es el más extenso. Tiene de original que se olvida de la humana discreción y que se vacía de pura humanidad al heroísmo universal tantas veces citado del príncipe para llenarlo de religiosidad.

«En una palabra santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuando sabio y valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres eses hacen dichoso: santo, sano y sabio».

Las Crisis de lo que será la obra magistral de Gracián –una novela alegórica– *El Criticón*, aún lo dirán con mayor galanura. Por ejemplo, la III Crisis, que será donde se nos reitere la lección del Libro de Job:

«Todo es arma y todo guerra, de suerte que la vida del hombre no es otra que una milicia sobre el haz de la tierra».

Es ésta una sentencia que nada nos impediría verla en boca del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha y en la pluma de Cervantes.